

## Rafael Gutiérrez Girardot en su entorno madrileño

*Antonio Lago Carballo*

«El catedrático, ensayista y pensador colombiano Rafael Gutiérrez Girardot recibió ayer en la Embajada de México en Berlín el Premio Internacional Alfonso Reyes, por el conjunto de su obra y por su contribución a la difusión de la literatura hispanoamericana en Europa y la filosofía alemana en Latinoamérica». Así comenzaba una información publicada en *El País*, de Madrid, correspondiente al día 9 de mayo de este año capicúa. A continuación se recordaba que, en anteriores ediciones, este galardón había sido concedido a escritores como Jorge Luis Borges, Octavio Paz, Alejo Carpentier y Adolfo Bioy Casares, y que con esta distinción se premiaba a «personalidades con una amplia trayectoria en humanidades y (...) a quienes han enfocado su talento, como Alfonso Reyes, a los diversos géneros de la escritura».

Después, el cronista trazaba una breve biografía del profesor Gutiérrez Girardot: su nacimiento en 1928, en Sogamoso (Colombia), sus estudios universitarios en Bogotá, continuados primero en Madrid y luego en Alemania. Sus puestos diplomáticos y su actividad como docente en la Universidad de Bonn, en donde dirigió el Departamento de Hispanística, hasta su jubilación.

Por mi cuenta debo añadir que, en vísperas de su jubilación académica, le fue ofrecido un libro-homenaje en el que colaboraron, entre otros, José María Valverde, Mario Vargas Llosa, Juan Goytisolo, Golo Mann, Gonzalo Rojas, Pedro Cerezo Galán, Gregorio Weinberg, Enrique Zuleta, Eduardo Portella y veinte amigos y colegas más, que de este modo testimoniamos nuestro reconocimiento y admiración por la labor intelectual llevada a cabo por Gutiérrez Girardot.

Pero algo más quiero recordar: su estancia madrileña en el Colegio Mayor Hispanoamericano «Guadalupe» a partir de noviembre de 1950. Fueron años muy intensos y decisivos para Rafael, quien llegó al Colegio en compañía de otros dos jóvenes compatriotas más, asimismo becarios del Instituto de Cultura Hispánica: el poeta Eduardo Cote Lemus, que sería ganador, con su libro *Salvación del recuerdo*, del Premio Internacional de

Literatura 1952, convocado por el editor barcelonés José Janés; y el aprendizaje de escritor y crítico literario Hernando Valencia Goelkel. Uno y otro, al paso de pocos años, alcanzarían prestigio y nombradía en el mundo de las letras colombianas.

Algo puedo y debo decir acerca de lo que era el ambiente del Colegio Mayor Hispanoamericano, situado, desde la primavera de 1947 hasta la del año 1953, en la calle de Donoso Cortés 65, en cuanto concierne a la vida de la inteligencia y de la cultura. Cuando medio siglo después se repasan los nombres de los que fueron colegiales en aquellos años, creo sinceramente que la reacción del lector oscilará entre la sorpresa y el asombro: allí vivieron y convivieron futuros filósofos como el español Emilio Lledó, el argentino Arturo García Estrada, estudioso de Ortega; el uruguayo Alberto del Campo, fiel al pensamiento zubiriano; poetas como José Ángel Valente, José Agustín Goytisolo, los nicaragüenses Carlos Martínez Rivas, Ernesto Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez, el dominicano Antonio Fernández Spencer, el chileno Hugo Montes, y como «comensal visitante» —él lo cuenta en sus *Memorias*— José Manuel Caballero Bonald o pintores como José María Labra, Antonio Valdivieso, el salvadoreño Gonzalo Cañas. Futuros excelentes maestros del derecho y de las ciencias sociales como los españoles Aurelio Menéndez, Rodrigo Fernández-Carvajal y Pedro Tenorio, el peruano Ugarte del Pino, el boliviano Jorge Siles, los argentinos Ernesto Garzón Valdés y Juan Carlos Agulla, el chileno Hernán Godoy por sólo ceñir la nómina al ámbito de las humanidades.

Entre unos y otros se estableció un clima de convivencia y amistad que no se limitaba al ámbito personal sino que contribuía a un mejor entendimiento de la realidad de los países de origen. Sin faltar a la verdad, se puede afirmar que no se pretendía tanto conocer a España como a Hispanoamérica, en virtud de un intercambio de saberes y noticias.

Los más deseosos de participar en cuanto de valioso acontecía en el panorama intelectual madrileño asistían a las lecciones de Ortega y Gasset sobre *Una interpretación de la Historia Universal* de Arnold Toynbee, o sobre *El hombre y la gente*, o a las de Xavier Zubiri en la Unión y el Fénix, como recuerdan en sus respectivas *Memorias* los argentinos Agulla y Garzón Valdés, sin que faltase alguno que, como Carlos Florit, prefiriese asistir a la tertulia de don Eugenio d'Ors en el caserón de la calle Sacramento. (Cuando en 1950 don Eugenio dio varias conferencias en Buenos Aires, Florit —que aun no había venido a Madrid—, publicó en *Cuadernos Hispanoamericanos* un artículo titulado «Dialogando con Eugenio d'Ors», n.º 19, enero-febrero de 1951).

Por otra parte, al Colegio Mayor acudían como invitados –en ocasiones, como conferenciantes– figuras de las letras y del pensamiento: Ramón Menéndez Pidal, Eugenio d’Ors, Dámaso Alonso, Buero Vallejo, Pedro Laín, Julián Marías, Camilo José Cela, José Antonio Maravall, Torrente Ballester, Fraga Iribarne, Tierno Galván, Gómez Arboleya, Montero Díaz, el músico Joaquín Rodrigo y tantos otros más. Y sería demasiado larga la nómina de los escritores hispanoamericanos que, a su paso por Madrid, compartían mesa, mantel y tertulia con los guadalupanos, si bien había algunos que por su más prolongada residencia en la capital eran habituales en Donoso Cortés: los nicaragüenses Pablo Antonio Cuadra y José Coronel Urtecho, el colombiano Eduardo Carranza, el argentino Ignacio B. Anzoátegui, por ejemplo.

Mas quedaría muy incompleta esta evocación si no recordase lo que era la actividad intelectual y cultural desplegada en el propio Colegio Mayor. Así los seminarios sobre literatura española e hispanoamericana en los que se contaba con la dirección de Luis Rosales y la colaboración de Luis Felipe Vivanco, José María Valverde y Leopoldo Panero, y en los que participaron muy activamente los poetas y escritores residentes y visitantes antes citados. O el Aula de Medianoche, así recordada por su director, José Luis Aranguren: «Seminario de filosofía en el que se estudió el concepto de verdad en *De Veritate* de santo Tomás de Aquino y *Das Wesen der Wahrheit*, de Heidegger, aunque también vimos otras obras de éste, ciertos artículos de la *Summa* y el 44 de *Sein und Zeit*». (José Luis L. Aranguren: «Recuerdo del joven Emilio Lledó», en *Historia, lenguaje y sociedad: homenaje a Emilio Lledó*, Crítica, Barcelona, 1989).

En aquel seminario presentaban ponencias los jóvenes filósofos: además de Lledó, los también españoles Ducay Fairen y Soler Grima (que dejarían el Colegio para marchar a Colombia y Chile, respectivamente, donde ejercieron la docencia universitaria), el peruano Carlos García Bedoya y el guatemalteco Luis Aycinena (ambos alcanzarían éxitos en su futura vida diplomática), además de los mencionados más arriba y, de modo muy especial, Rafael Gutiérrez Girardot, desde entonces interesado por el pensamiento de Heidegger, a quien más tarde escucharía en Friburgo de Brisgovia y cuya *Carta sobre el humanismo*, traduciría y publicaría (Taurus, Madrid, 1959).

Los años madrileños de Rafael Gutiérrez Girardot fueron muy intensos. Aprovechó el tiempo, siguió las lecciones del filósofo Zubiri, asistió al seminario de sociología del profesor Gómez Arboleya en el Instituto de Estudios Políticos, leyó mucho y bien a nuestros grandes poetas. En 1969 publicó uno de sus primeros libros: *Poesía y prosa en Antonio Machado*.

Pero también nos habló de los grandes de las letras hispanoamericanas: Andrés Bello, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero, nombres a los que ha sido fiel a lo largo de toda su vida de historiador y crítico literario, cuyos méritos ha venido a reconocer la concesión el Premio Internacional Alfonso Reyes.

Una vida profunda y fecunda la de Rafael Gutiérrez Girardot, como lo demuestra su rica y nutrida bibliografía, cuyo análisis y comentario excede el propósito de esta crónica, con la que solamente quería evocar un tiempo pasado y siempre presente para cuantos lo vivimos.



August Sander: *Pausa vespertina* (ca. 1930)